

Anna, quien tan pronto como se consideró bastante fuerte, especialmente por los refuerzos que se habían proporcionado al Coronel D. José Antonio Mejía, atacó y venció a Facio en San Agustín del Palmar, lo que le permitió apoderarse en seguida de Puebla, tras de ligera resistencia opuesta por el Comandante General D. Juan José Andrade.

Estos desastres de las fuerzas del Gobierno, unidos a las hostilidades que presentaban los Generales Juan Alvarez, Gabriel Valencia y Benito Quijano en los Estados de México y Michoacán, habían de ser sólo un preludio de la caída definitiva de la administración de Bustamante, substituído por Múzquiz; porque la llegada al país del General Gómez Pedraza, llamado por Castillo y Lanzas, primero, y más tarde por una Comisión encabezada por el General D. Ciriaco Vázquez, daba a la revolución el caudillo que había de encarnar los principios que ella proclamaba, por ser Gómez Pedraza el ungido con los votos para ocupar la primera magistratura, al ser electo durante la lucha electoral entablada contra Guerrero, que, como hemos visto, llegó a la presidencia a costa del triunfo de la revolución de la Acordada.

Al tenerse noticia en México de la ocupación de Puebla por Santa-Anna y que los propósitos suyos eran avanzar contra la Capital de la República, el Presidente interino Múzquiz recibió del Congreso las autorizaciones más amplias para conjurar el conflicto que se avecindaba, y en esta virtud, entre otras medidas adoptó la de mandar emisarios a Santa-Anna, quien por su parte, envió otros a México, sin que se hubiera llegado a resultado práctico alguno, porque una de las condiciones que imponía Santa-Anna, consistía precisamente en que Gómez Pedraza debería ser colocado en posesión de su cargo de Presidente, del cual faltaban tres meses todavía para que llegara a su término.

El caudillo rebelde emprendió entonces la marcha para atacar la Capital de la República, cuya defensa se confió al Gene-

ral Quintanar; y tan pronto como ocupó Tacubaya, Guadalupe Hidalgo y otros puntos cercanos a la ciudad, intimó la rendición a Quintanar; éste contestó negativamente, pero Santa-Anna no pudo atacarlo, porque la aproximación de las fuerzas de Bustamante le hizo comprender que la victoria no era fácil. Entonces abandonó su empresa y se retiró hacia Huehuetoca y después hacia Puebla, tras de librar varios combates con las fuerzas de Bustamante, que al darse cuenta del movimiento de Santa-Anna, emprendió, a su vez, la marcha en dirección igual.

En el rancho de Posadas, cercano a Puebla, ambos contendientes trabaron combate, en el cual nadie pudo considerarse realmente vencedor; mas una vez que la acción llegó a su término, se entablaron pláticas entre el General Cortazar, emisario de Bustamante, y los Generales Gómez Pedraza y Santa-Anna, pláticas que trajeron como resultado el convenio generalmente conocido con el nombre de *Tratados de Zavaleta*, por haber sido formulados en la hacienda de este nombre en 23 de Diciembre de 1832.

Los puntos más salientes de aquellos tratados, sugeridos por Gómez Pedraza, consistían en que él entraría a ejercer la presidencia, pero sólo por el término de tres meses, que faltaban para que dicho término concluyera; y se convocaría a elecciones de Presidente y de diputados al congreso general y a las legislaturas locales. Este proyecto aprobado por quienes subscribieron los tratados, constituía, es verdad, el triunfo de la revolución; pero, por una parte, Bustamante debió pensar que el gobierno tenía ya minadas sus bases todas para pensar en su estabilidad; y por otra, las pretensiones de Gómez Pedraza, que había rehuído la lucha, retirándose a los Estados Unidos cuando había vencido a Guerrero en los comicios, no podían ser tachadas de exageración. El había dejado libre el campo a su adversario al estallar la lucha armada, y sólo había vuelto al país cuando se le había pedido insistentemente que lo hiciera;

cuando ya el gobierno de Bustamante se encontraba del todo desprestigiado, en parte por sus propios errores y en parte por la hábil campaña hecha en contra suya por sus enemigos.

Estas circunstancias explican por qué cuando los tratados de Zavaleta fueron rechazados por el Congreso, cuando todavía en proyecto le fueron sometidos por el Presidente interino Múzquiz al ser firmados por los jefes de ambos ejércitos contendientes, vinieron a tener fuerza de ley, irregular como casi todas las leyes que en nuestro país se han expedido, aunque siempre invocando los derechos del pueblo, pero ley al fin, supuesto que la sancionaba la fuerza de los dos ejércitos ya comprometidos a sostener los referidos convenios, así como los elementos militares que se agregaron, al pronunciarse por el Plan de Zavaleta, generales como D. José Joaquín de Herrera y otros jefes que habían sido fieles sostenedores del gobierno de Bustamante.

Gómez Pedraza protestó, pues, como Presidente de la República ante el Consejo de Gobierno y el Gobernador de Puebla, que hicieron veces de Congreso General, en 26 del mismo Diciembre de 1832. El procedimiento también era irregular; pero nuestra historia muestra tantos y tantos casos como éste, que bien pudiéramos decir que no hay irregularidad que no sea regular para la vida política y social de la República.

Cuando Gómez Pedraza protestó y se pronunciaron por el Plan de Zavaleta los jefes y oficiales a que antes me refiero, Múzquiz consideró terminada su misión y se retiró del Gobierno, como también lo hicieron los demás funcionarios que con él habían compartido las amarguras, que no las delicias de la administración, y Gómez Pedraza y Santa-Anna entraron, vencedores, el día 3 de Enero de 1833.

*
* *

Hecha la elección de acuerdo con los convenios de Zavaleta, Santa-Anna fué electo Presidente y Gómez Farías Vicepresidente, y éste se hizo cargo de la Presidencia durante las licencias que seguidamente solicitó Santa-Anna, ya para retirarse a su hacienda "Manga de Clavo," ya para ir a combatir a los sublevados que en Morelia y bajo la dirección del Coronel Escalada se habían rebelado, proclamando la defensa de la religión y los fueros del ejército, oponiéndose así a la política que especialmente en contra del clero había desarrollado Gómez Farías.

En dos grandes grupos pueden ser considerados los políticos mexicanos de todos los tiempos; quiénes han alcanzado el poder y los bienes de fortuna, y quiénes se empeñaron en despojarlos de unos y otros, para entrar a gozar de ellos, a su vez. De allí que cualquiera que sea la denominación con que se le designe, uno de los grupos en lucha sea conservador, bien desde el punto de vista de los principios que tienden a desarrollar y acrecentar los elementos de riqueza poseídos, bien desde el punto de vista egoísta, y personal, que procura no perder todas las comodidades y beneficios alcanzados.

El otro partido entonces apela al pueblo miserable, al que nada posee, ni la instrucción y educación más elementales, y haciéndole concebir por una parte esperanzas de mejoramiento; y por otra, inculcándole el odio al poderoso, al adinerado, acaba por tener ya los elementos más indispensables para iniciar toda lucha armada: las masas de hombres inconscientes que combaten la religión, por ejemplo, al mismo tiempo que piadosamente besan las medallas que penden de sus cuellos, no con el fervor de un creyente, sino con la superstición de un idólatra; que disparan las armas fratricidas contra sus hermanos, porque hay agitadores que los incitan a ello, sin que esos

hombres lleguen a tener idea del motivo que los mueve a matar.

Tal ha sido, tal es, tal será por muchos años la historia de nuestro país, porque se ha puesto en olvido que la base única y verdadera de su mejoramiento habrán de ser la instrucción y la educación de nuestros indios, de nuestro bajo pueblo.

Una de estas manifestaciones se presentó entonces en la vida política de México; pues las medidas tomadas por Gómez Farías especialmente en contra del clero trajeron la consiguiente reacción, que invocó a Santa-Anna como al salvador de los intereses comprometidos, y él, que gustaba de ser siempre tenido como benefactor, aceptó la defensa de aquellos intereses, en virtud del Plan de Cuernavaca, que fué suscrito en aquella ciudad en 25 de Mayo de 1834.

Las bases fundamentales de aquel plan eran desconocer los decretos del Congreso acerca de la proscripción de las personas, sobre reformas religiosas y sobre tolerancia de las logias masónicas; y declarar que Santa-Anna era la "única autoridad que (se hallaba) en la posibilidad de dispensar la protección de bases justas y legales."¹

Como se ve en las cláusulas anteriores, la reacción que se había operado se proponía defender aquello que inmediatamente había sufrido por la política desarrollada por Gómez Farías; pero al mismo tiempo habría de intentarse introducir reformas fundamentales en la vida política de la nación, como a su vez las había puesto en práctica el partido vencedor entonces; y las disenciones intestinas nuestras iban a producir dos penosos incidentes internacionales, de los que uno había de traer como resultado la pérdida de la mitad de nuestro territorio; el otro, el pago de una cuantiosa indemnización y el que se nos exigiera por medio de las armas.

¹ Es curioso observar cómo el jacobinismo de Gómez Farías se fundaba "en la voluntad del pueblo" y "el pueblo" a su vez invocaba a Santa-Anna para que apoyara el clericalismo. ¡Pueblo, Patria!, son dos palabras que han servido de base para toda nuestra literatura revolucionaria en los años que llevamos de vida más o menos turbulenta, desde que intentamos independernos de España.

*
* *

En efecto, como es bien sabido, un cambio de forma política del país, fué uno de los principales pretextos que la colonia americana de Texas invocó para rebelarse contra el gobierno de México; fueron los ultrajes reales unos, imaginarios otros, sufridos por súbditos franceses los que nos obligaron a pagarle a Francia la indemnización exigida.

La historia de la rebelión de Texas ha sido ampliamente narrada por el General D. Vicente Filisola cuyo nombre tanta resonancia tuvo con motivo de la campaña hecha en aquella apartada región del país, y más tarde por escritores tan distinguidos como Roa Bárcena, Olavarría y Ferrari y otros que con más autoridad que yo han podido hablar de aquellos sangrientos sucesos.

Es indispensable, sin embargo y siquiera sea en brevísimo resumen, referir los hechos militares más salientes que fueron la iniciación de la fatídica guerra del 46 al 48.

Pudiera decirse que el primer conflicto surgió cuando el General D. Martín Perfecto de Cos, que a la sazón era Comandante General de las provincias internas de Oriente, en virtud de la orden que había recibido para impedir la venta fraudulenta de tierras, se opuso a que se efectuaran algunas autorizadas por la Legislatura de Coahuila, declaró que Saltillo era la capital provisional del Departamento y ordenó que la compañía de tropas presidiales estacionadas en Saltillo hiciera respetar su resolución y desbandara las milicias que había formado en Monclova el Gobernador Cantú.

El cambio de Gobernador impidió, que desde luego se efectuara un choque, porque Viesca que lo substituyó, permitió que los soldados de Cos entraran en Monclova; pero tras de esta primera manifestación de buena voluntad de parte de Viesca, al estimar Cos como una verdadera rebeldía la actitud de

la Legislatura del Departamento, que declaró que ella podría instalar adonde mejor le pareciera la capital del Estado sin permitir la intervención de las fuerzas federales, el citado Gobernador convocó de nuevo a las milicias, desobedeció a Cos que le previno que debía desbandarlas y se trasladó a Béjar escoltado por algunos milicianos y por algunos texanos.

Poco después William B. Travis y un grupo de más o menos cincuenta texanos armados, atacaron al Capitán Tenorio, estacionado en Anáhuac para impedir el contrabando y, puede decirse, que esta fué la primera lucha armada, que con intervalos más o menos cortos, más o menos largos, sólo habría de terminar cuando México perdiera la mitad de su territorio.

Cos comenzó entonces a procurar por los medios que estaban a su alcance, apagar el incendio que amenazaba adquirir considerables proporciones; pero extendida la agitación en la comarca, iba a ser imposible sofocarla.

“En una circular dirigida por Austin en Octubre 4 (1835) a los Comités de seguridad de Nacogdoches y San Agustín, con toda rudeza se dice que la guerra ha sido declarada contra el despotismo militar y que un propósito común animaba a todos en el Departamento de Brazos, esto es, tomar Béjar que era el lugar donde habían quedado las fuerzas mexicanas (y arrojarlas fuera de Texas) y el día 8 expidió una proclama convocando voluntarios y designando el lugar llamado González como cuartel general del Ejército del pueblo.”¹

Largo sería enumerar los incidentes ocurridos antes de que los rebeldes texanos se adueñaran de San Antonio de Béjar donde Cos se había hecho fuerte, para lo cual mucho ayudó la desertión de sus hombres y su insubordinación, pero más seguramente las penalidades del sitio sufrido. La victoria de los rebeldes en aquella ocasión era completa y Cos no tuvo otro remedio que abandonar la plaza.

¹ History of the North American States and Texas. Baneroft's Works. Vol. XVI. p. 198.

Entretanto, convencido el Gobierno de México de cuáles eran las miras del de los Estados Unidos acerca de Texas y cómo habría de estar resuelto a llevar adelante el pensamiento por muchos años abrigado de apoderarse de aquel vasto territorio, resolvió enviar una importante expedición que frustrara aquellos designios; y como todavía se escuchaba el eco de los clamores de triunfo que rodeaban a Santa-Anna, no es de extrañar que él hubiera sido elegido para encabezar aquella campaña, que tan desastrosa habría de ser a la postre.

La División quedó formada por una vanguardia a las órdenes del General graduado D. Joaquín Ramírez y Sesma, dos brigadas de infantería al mando de los Generales graduados Antonio Gaona y Eugenio Tolsa y una brigada de caballería al mando del General de brigada D. Juan José Andrade. Fué nombrado segundo de Santa-Anna el ameritado General Don Vicente Filisola y formaban parte de la plana mayor los Generales D. Juan Arago y D. Adrián Woll, los Tenientes Coronales D. Pedro Ampudia y D. Esteban Barbero y los demás oficiales que debían tener a su cuidado el parque general, la sección de ingenieros, etc.

Las fuerzas que debían dirigirse al campamento rebelde se reunieron en San Luis Potosí y Filisola salió desde la capital a incorporarse con aquellas fuerzas. El primero en emprender la marcha fué el General D. Joaquín Ramírez y Sesma a quien Santa-Anna dió una serie de instrucciones fechadas en San Luis el 7 de Diciembre de 1835, en las cuales se le recomendaba especialmente no comprometer acción alguna, sino en el caso en que los enemigos que le salieran al paso pudieran ser batidos con éxito.

Una por cierto de aquellas instrucciones resultaba cruel, porque decía: “Los extranjeros que hacen la guerra a la nación mexicana, violando todas las leyes, no son acreedores a consideración alguna y por lo tanto, no se les dará cuartel, cuya orden se hará saber oportunamente a la tropa. Ellos con

audacia han declarado guerra a muerte a los mexicanos y debe correspondérseles de la misma manera.”

Y esta orden me parece cruel, porque disposiciones de este género suelen convertirse en espadas de dos filos, que tanto hieren a quienes van dirigidas como a quienes se pretende favorecer. Aquella guerra de sangrientas represalias originó actos de verdadera crueldad de parte de los contendientes.

Santa-Anna, con el fin de evitar rivalidades entre los Generales Ramírez y Sesma y Cos, ordenó, al General Filisola que tomara el mando de las tropas que habían de reunirse en San Antonio de Béjar, en tanto que él, Santa-Anna, pudiera llegar con el resto del ejército. Filisola emprendió, en consecuencia, la marcha a su destino y ya en su camino para Béjar supo la capitulación del General Cos, que como antes hemos visto, se había visto obligado a dar fin a su resistencia, no sin soportar antes un penoso sitio puesto por el General texano Houston, y es fácil comprender, que la evacuación de Béjar entorpecía los planes que se había formado Santa-Anna; Filisola, pues, se apresuró desde Laredo a darle cuenta de las razones que había tenido para esperar nuevas instrucciones en dicho punto, en vez de la Villa de Guerrero, que había sido escogida como base de futuras operaciones.

Como habremos de ver más adelante, los recursos con que se contaba para mantener el ejército eran por extremo exiguos, cosa que en gran parte ayudó al desarrollo de la política de los Estados Unidos, y ya Filisola decía a Santa-Anna al darle cuenta de las dificultades con que tropezaba: “. . . . debo además manifestar a Ud., que aun cuando se logre reunir algunos hombres, será momentáneamente por no haber ningún numerario con que socorrerlos en razón de que aun las tropas presidiales de aquel punto (Leona Vicario) están sin socorros, carecen de ellos los novecientos hombres del General Cos y los de la división del Sr. Sesma todavía no han recibido parte del haber de este mes, habiendo sido necesario socorrerlos a un real diario y rancho. De manera que habrá mucho trabajo

para que subsistan, hasta que Ud. nos mande auxiliar con lo necesario;” y observando las comunicaciones cambiadas y las impresiones de los jefes que tomaban parte en esa campaña, había algo que hacía presentir que, más o menos tarde, habría de ocurrir un fracaso. Los jefes no estaban de acuerdo con el plan de campaña que debía desarrollarse en aquella región y esto tenía que traer resultados desastrosos.

Por otra parte, las condiciones del terreno donde iban a luchar nuestras fuerzas, eran nuevos elementos desfavorables, porque se trataba de verdaderos desiertos, y todavía el invierno, que es demasiado rudo en esas regiones, iba a aumentar las penalidades de nuestras tropas. Así, por ejemplo, el día 13 de Febrero de aquel año cayó una nevada tan abundante que, al decir de Filisola, subió cerca de media vara de la tierra y habiendo sorprendido a la brigada de caballería que mandaba el General Andrade, “. . . la obscuridad de la noche y el contraste que hacía con ella la blancura de la nieve que caía a copos, deslumbraba de manera que no podían distinguirse los objetos y como la nieve cubría el camino, la columna se cortaba a cada paso, los hombres y los animales no se veían entre sí, se separaban frecuentemente y se extraviaban en aquel inmenso bosque (un mezquital) del que se afanaban inútilmente por salir, llamándose a grandes voces unos a otros, para poder de nuevo reunirse, pero como las voces se oían en todas direcciones e indistinta y simultáneamente, del mismo modo variaban las direcciones y se buscaban unos a otros y, por consecuencia, sucedía que en vez de unirse se separaban y alejaban más y más. Por otra parte, las mulas de carga rendidas de fatiga, unas se tendían por tierra, otras se prendían entre las ramas espinosas de aquellos árboles y otras se perdían de vista y extraviaban la dirección que correspondía llevar entre los breñales, formándose de todo esto un tan inmenso desorden y tan difícil de arreglarse como lo es el describir y aun comprenderse.”¹

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XXII. P. 275.

Ya que no es posible seguir paso a paso aquella campaña en que la suerte fué generalmente propicia al General Urrea, que operaba ya en esa región; en que los texanos, para aumentar los tropiezos de las fuerzas mexicanas, incendiaban y destruían totalmente sus ranchos, haciendo así más vasto y más temible el desierto en que algunos de nuestros jefes lucharon con denuedo y con resolución tenaces, me referiré solamente a dos de los hechos más salientes quizá de toda la campaña: la derrota terrible de los texanos en Béjar y la toma del Alamo, y la derrota de Santa-Anna y su desastre en San Jacinto.

Estando Santa-Anna en Monclova dictó las órdenes conducentes para que las brigadas al mando de los Generales Cos y Sesma se apoderaran de Béjar hacia donde él mismo se dirigía con la vanguardia del ejército de operaciones, quedando el general Filisola al mando de la retaguardia. Cuando las fuerzas texanas se dieron cuenta de la aproximación de nuestro ejército resolvieron evacuar Béjar para resistir en el fuerte del Alamo, punto cercano a Béjar, preparado ya con fortificaciones, víveres, artillería, etc., y Santa-Anna se apresuró a dar parte de la desocupación de tal lugar, en comunicación de 27 de Febrero de 1836 en la que decía: "El 25 del corriente a las tres de la tarde, ocupé esta ciudad después de algunas marchas forzadas, desde Río Grande con la División del General Don Joaquín Ramírez y Sesma, compuesta de los batallones permanentes de Matamoros y Jiménez, activo de San Luis Potosí, regimiento de Dolores y ocho piezas de artillería.

"A la velocidad con que esta benemérita división ejecutó sus marchas en 80 leguas de camino, fué creído que los rebeldes colonos, no hubieran sabido de nuestra aproximación, hasta estar a tiro de fusil de ellos, por lo que sólo tuvieron lugar de refugiarse precipitadamente en el fuerte del Alamo, que tenían bien fortificado y con víveres suficientes.¹ Mi objeto ha-

¹ Travis, en una carta aseguraba que "cuando el enemigo apareció no tenían sino tres bushels de maíz, aun cuando habían podido lograr después, de las casas abandonadas y desiertas, ochenta o noventa bushels más y veinte o treinta cabezas de ganado." Bancroft, op. cit.

bía sido sorprenderlos en la madrugada del día anterior, pero una fuerte lluvia me lo impidió. No obstante, su fuego de artillería, que comenzaron inmediatamente desde el citado fuerte, las tropas de la nación tomaron con el mayor orden posesión de esta plaza, que no volverán a ocupar los traidores, habiendo sufrido por nuestra parte la pérdida de un cabo y un cazador muertos, y ocho heridos. Cuando me hallaba acuartelando los cuerpos de la división, se presentó un parlamentario con un papel, que original acompañó a V. E., e indignado de su contenido, ordené al ayudante que se hallaba más inmediato a mi persona, que le contestara, según expresa la copia que va también adjunta.²

"Han quedado en nuestro poder 50 fusiles y varios efectos de los rebeldes, traídos del Norte, que mandaré entregar al comisario general del Ejército luego que llegue, para que se equie esta tropa y sea vendido lo demás, e invertido el producido, en los gastos ordinarios del mismo ejército.

"Desde el momento de mi llegada, me ocupo de hostilizar al enemigo en su posición, de modo que ni aun las cabezas se les deja sacar de las murallas, preparando las cosas para el asalto, luego que llegue siquiera la primera brigada que aún dista de aquí sesenta leguas. Hasta ahora se manifiestan contumaces, prevalidos de la fuerte posición que conservan y esperanzados en grandes socorros que esperan de sus colonias y Estados Unidos del Norte, pero pronto recibirán el último desengaño.

"Tomado el fuerte del Alamo, continuaré mis operaciones sobre Goliad y los demás puntos fortificados, de manera que antes de las aguas, quede terminada completamente la campaña hasta el río Sabina, que forma la línea divisoria entre nuestra República y la del Norte....."

Sobre este fuerte, en consecuencia, iban ahora a dirigirse todos los esfuerzos del Ejército mexicano que, conforme a la

¹ No he podido haber a las manos estos documentos.

orden general del día 5 de marzo de 1836, debía ser atacado a las cuatro de la mañana, colocándose las columnas a tiro de fusil de los primeros atrincheramientos para emprender el asalto que habría de verificarse al dar la señal convenida el General en jefe.

La primera columna debía ser mandada por el General Don Martín Perfecto de Cos y en su defecto por D. Juan Valentín Amador; la segunda la mandaría el Coronel D. Francisco Duque y en su defecto el General D. Manuel Fernández Castrillón; la tercera el General D. José María Romero y en su defecto el Coronel D. Mariano Salas, y la cuarta el Coronel Don Juan Morales y en su defecto el Coronel D. José Vicente Miñón. La reserva sería mandada por el mismo General en Jefe en el momento del ataque, pero la reunión debía verificarla el Coronel D. Agustín Amat. En dicha orden se daban al mismo tiempo las instrucciones relativas a los puntos que debía ocupar la caballería, que estaría a la orden del General Ramírez y Sesma. Durante la noche se construyeron dos trincheras que habrían de servir para la infantería y cuando la caballería hubo tomado las posiciones que se le designaron, el Alamo quedó circunvalado casi en su totalidad, con excepción de la parte Norte. La lucha había comenzado y si desde luego no fué activa, debióse a que un fuerte norte estuvo soplando a partir del mismo día 25 y sólo permitió ligeras escaramuzas. El día 26, durante el cual nuestra artillería estuvo haciendo fuego sobre el fuerte, las condiciones no variaron y solamente hubo de particular los esfuerzos realizados por los defensores para proveerse de agua y leña, y para mejorar las condiciones de sus atrincheramientos; y en los días subsecuentes siguieron, por parte de los que atacaban, tomándose las medidas necesarias, tanto para impedir que llegara un auxilio de doscientos hombres que, procedente de Goliad se decía, iba a reforzar a los defensores del Alamo, como para emprender el ataque en el momento oportuno.

Santa-Anna, antes de iniciar el asalto, resolvió aguardar

la llegada de la brigada que, a marchas forzadas, había venido a reunirse con el resto de las fuerzas; y antes de que ella llegara, el general en jefe convocó una junta de guerra a fin de discutir el referido asalto, mas como se dividiera la opinión, porque Cos y Castrillón opinaban que convenía esperar algunas piezas de artillería que venían en camino y Santa-Anna, Ramírez y Sesma y Almonte creyeron que el asalto podría hacerse sin necesidad de ellas, prevaleció esta opinión y fué entonces cuando Santa-Anna formó el plan a que antes me he referido.

Se dice que Travis hizo proposiciones a Santa-Anna para rendirle el fuerte con todo cuanto en él existía con la condición de que se le salvara la vida a él y a sus compañeros de armas, y probablemente es este el documento a que se refiere en su nota citada; pero como la respuesta fué que debían rendirse a discreción, sin solicitar garantías de ningún género, claro está que resolvieron vender caras sus vidas. El día 6, en consecuencia, se inició, al fin, el asalto y aun cuando Santa-Anna cree que hubieran sido sorprendidos, a no ser por los gritos de entusiasmo lanzados por sus hombres, es casi seguro que los sitiados en el Alamo habían estado alerta esperando el momento en que habrían de luchar para salvar sus vidas. Justo es decir que hubo energía igual por ambas partes, porque si los defensores del fuerte en desesperada lucha vomitaron torrentes de fuego sobre los asaltantes, éstos, a pesar de la metralla y de las balas de fusil, continuaron firmes y valientes en su ataque y aun cuando, como es natural, al caer los primeros soldados mexicanos en brazos de la muerte, sus compañeros se hubieran detenido un instante, resueltos avanzaron inmediatamente, siguiendo el ejemplo de sus jefes.

Las columnas que atacaban por el Oriente y por el Poniente, al encontrar dificultad para escalar las azoteas, buscaron el camino más fácil y uniéndose a la columna del Norte, aquella masa de hombres redobló sus esfuerzos para montar el parapeto, siendo uno de los primeros que llegaron D. Juan Valentín

Amador, "al mismo tiempo que por la parte del medio día o Sur, los Coroneles D. Juan Vicente Miñón y D. Juan Morales con su columna, aprovechándose hábilmente del abrigo que les ofrecían unos pequeños jacales con paredes de piedra y lodo, que estaban a la inmediación del ángulo de aquella cara que correspondía al Poniente, por un movimiento de intrepidez se apoderaron del cañón que estaba puesto a la barbata en dicho ángulo, como lo estaban todos los demás del recinto y por su cola se introdujeron a la plaza del cuartel, secundando los esfuerzos del General Amador, que habiéndose aprovechado de las mismas piezas del enemigo, las había vuelto hacia las puertas de las pequeñas habitaciones interiores, en las que se habían refugiado los rebeldes y desde ellas hacían fuego a las tropas que bajaban del parapeto al sitio o plaza del referido recinto, y en las que a metrallazos, fusilazos y bayonetazos por fin, todos quedaron muertos."¹

La matanza debe haber sido espantosa. Como los departamentos de aquel fuerte, según refiere Bancroft,² no tenían comunicación unos con otros, en cada pieza, en cada rincón se entablaron luchas personales en las que, cuando el parque se había agotado, los fusiles a guisa de macanas hendían cráneos y destrozaban miembros.

Según el parte oficial de Santa-Anna, fechado el mismo 6 de marzo de 1836, entre los cadáveres de los defensores del fuerte se encontraron "el primero y segundo jefe de los enemigos, Bowie y Travis, coroneles que se titulaban, el de igual graduación Crockett y todos los demás jefes y oficiales que portaban despacho de la convención," y por su parte el Secretario de Santa-Anna, D. Ramón Martínez de Caro, testigo presencial de los acontecimientos, asegura que, "cinco hombres que pudieron ocultarse y que concluida la acción encontró el General Castrillón, fueron llevados a presencia de S. E. que ya había

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XX, pág. 302

² Bancroft. Loc. cit. p. 211.

llegado, quien reprendiendo agriamente a dicho general, (por haber intercedido por ellos), volvió la espalda, a cuya acción los soldados, aunque ya formados, cargaron sobre ellos hasta concluirlos"¹ y comenta aquel acto de crueldad diciendo: "Todos presenciamos este horror que reprueba la humanidad, pero que es una verdad evangélica."²

Desgraciadamente no hay razón para dudar de la conducta de Santa-Anna en aquella ocasión, pues no fué la única en que se mostró implacable con los prisioneros y ya hemos visto que en sus instrucciones escritas bien claramente había ordenado que no se tuviera piedad para con los rebeldes.

Todos los defensores del Alamo, formando una inmensa pira, fueron incinerados.

Aquel hecho de armas había constituido el más serio de los reverses sufridos por los colonos rebeldes. México, sin embargo, aún habría de sacrificar muchas vidas de sus propios nacionales con motivo de aquella funesta rebelión, y la sangre había de regar sus campos, sin que aquellos sacrificios hubieran de traerle en recompensa siquiera el ver unidos a sus hijos por los vínculos de un verdadero amor patrio. Las pasiones personales todavía le habrían de proporcionar nuevos dolores y nuevos sacrificios.

Cuando Santa-Anna quedó dueño de Béjar después de la sangrienta toma del Alamo, envió una división al mando de Rodríguez Sesma rumbo al Río Colorado, otra al mando de Gona hacia Natcodoches y él se dirigió en unión de Filisola hacia San Felipe Austin, para donde debía moverse Urrea, y dejó al General D. Juan José Andrade en Béjar con gran parte de la caballería y de alguna infantería. Cuando llegó a González, encontró que las aguas del río "Guadalupe" eran demasiado altas, de modo tal, que se hacía indispensable construir balsas para pasarlo, y entonces encargó a Filisola que dirigiera las

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XXII. p. 430.

² Loc. cit. p. 465.